

PLUMA Y LAPIZ



PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

15 Cents

ADMINISTRACION-BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO Nº 8.

Francisco



Lugan van Blos

Francisco

LA FRUTA PROHIBIDA



DESDE LA PUERTA DEL SOL

EL Corpus... Yo no conozco nada tan solemne y grandioso como esta fecha... El corazón sueña con ella, la espera y la recibe de rodillas... Desde las poblaciones populosas á las aldeas humildes, no hay persona que no sienta en el alma un impulso de alegre entusiasmo, hacia ese magestuoso día colocado en el pináculo del año por la cristiandad... La copla popular concede patente extraordinaria, coloca nada menos que sobre el sol á tres famosos jueves: Santo, Christi y Ascensión... Con perdón del cantar, el segundo descuella bastantes codós sobre sus compañeros.

La Ascensión es una fiesta de un hermoso simbolismo, pero que ha llegado poco al pueblo; la iglesia la celebra, la catedral se pone todas sus galas para conmemorarla... Nada más... El Jueves Santo es una fiesta triste... Significa la cruenta crucifixión de Jesús, su martirio por redimir á los hombres... Llega en los albores de la primavera, cuando aún no ha resucitado el campo, cuando aún no se ha bruñido el horizonte, cuando aún hace frío... El Corpus es el día grande por excelencia... Su emblema es inmenso, es la eucaristía, el pedestal del catolicismo, y viene cuando la naturaleza se encuentra en la plenitud de su hermosura, á la entrada del verano, en la estación de la plétora, de la abundancia, de la alegría, de la luz... La Ascensión tiene su hora de pena, el Jueves Santo su monumento rebotante de cirios, el Corpus su lluvia de rosas, cayendo sobre la custodia, ó lo que es lo mismo, sobre el pueblo postrado... La Ascensión pide el silencio, el Jueves Santo la sombra, el Corpus el aire libre y el sol... Los dos primeros son grandes, pero melancólicos... El triunfo es del segundo, no menos grande y constituyendo un verdadero aluvión de felicidad...

* *

Conocida es la grandeza legendaria del duque de Osuna, hasta tal punto espléndida y fastuosa, que se hizo difícil buscarle sucesor en Rusia, cuando el ilustre prócer dejó nuestra representación en la imperial corte. El espléndido señor, no menos alto y de noble estirpe que un rey, poseía una fortuna enorme, y altivo como un castellano, desplegó un lujo verdaderamente oriental, con el loable propósito de que la embajada española no quedase por bajo del poderoso Czar en punto á magnificencia. Recuerdo un dato: en cierto baile de etiqueta celebrado en Petersburgo, apareció la alfombra, sino sembrada, salpicada por lo menos de brillantes; eran botones que el duque de Osuna se había puesto en el chaleco y frac, apenas sujetos, con el propósito de que se cayeran con el trajín de la danza, como aconteció; invitado á recojerlos, respondió con supremo orgullo que él no tomaba lo que ya pertenecía de derecho, por haberlo encontrado, á la baja servidumbre.

Han pasado muchos años; el duque ha muerto, casi todos sus cortesanos han bajado también á la tumba, la reina á quien representaba no ocupa ya el trono de sus mayores, la faz de la nación ha cambiado en absoluto, y de aquellas castellanías grandezas sólo quedan unos cuantos muebles, unas cuantas joyas y unos cuantos objetos de arte que se han subastado esta semana ante el juez, y un caserío desmantelado, solitario y ruinoso en las Vistillas.

* *

Léo en un periódico barcelonés una queja de lo que acontece en la plaza de Cataluña, con los locales de espectáculos públicos. La protesta es fundada y legítima, y sin embargo, mirada la cosa por el prisma del arte, resulta la tal plaza con un singular atractivo, en la forma que se encuentra. La primera impresión, es de un aturdimiento lleno de alegría. Sobre todo de noche, resulta el real de una feria en que se hallan prohibidas tristezas y dolores. Por aquí, las letras de colores del rótulo de cristal del Eldorado; por allí, la flamula del teatro Gayarre, (hoy creo que derribado, pero que aun existía cuando yo lo ví); por allá, los radiantes focos de arco voltaico de los circos; por acullá, las mil constelaciones de un café de ve-

rano... De cuando en cuando rumores de orquesta... Un alborozo irresistible, que le obliga á uno á sentarse ante un velador, á tomar un bok de cerveza, y comprar una entrada en cualquiera de las incitantes taquillas... Lo repito... Barcelona quedaría con el mejoramiento de la plaza más pulcra, más correcta, más distinguida, pero perdería una de sus más simpáticas notas.

* *

¡Este afán moderno de información minuciosa!... Debería de sonreírle la vida, como sonríe siempre á los veinte años, pese á los desengaños de la primavera, de la existencia en que por una miradita negada se desea la muerte, pero el caso es que la pobre muchacha se arrojó desde un quinto piso, y se estrelló... Pero era preciso picar el interés del público, y la prensa nos ha dicho que la suicida llamaba la atención por su hermosura, que servía de criada, y que mostraba por lo violento de la postura, al descubierto, medias negras y botas de charol... La mente humana tiende siempre á pensar mal... Medias negras y botas de charol... Una criada... ¿Qué necesidad tenía nadie, mucho más tratándose de un cadáver merecedor del respeto, acaso el de una mujer honrada, qué necesidad tenía nadie de sonreírse con pena y con malicia al leer semejantes detalles del hecho?

* *

Nos hemos, es decir, se han pasado los taurófilos la semana mirando el cielo, con el corazón encogido, el pulso trémulo, la zozobra en el alma. Cada nube que aparecía en el horizonte, era una espina clavada en el pecho. ¡Qué angustias, qué temores!... Nunca como ahora se ha medido en toda su grandeza la acción de Josué... Newton, Shakespeare. ¡Pobrezas á su lado!... ¡Para y óyeme ¡oh sol! no te escondas!... ha exclamado Madrid, parodiando á Espronceda... No desconfío yo de que alguien no encendiera el cirio del fanatismo, para conjurar la tormenta con que amenazaba el excesivo calor... En fin, el tiempo se compadeció de la inmensa pena de una población tan acongojada, y en la fecha de la despedida de Lagartijo en la corte... hizo un gran día. Hasta la naturaleza contribuyó á su apoteosis.

ALFONSO PEREZ NIEVA

HASTIO

—¿Por qué ya no me quieres?—preguntaba la joven con horrible desconsuelo—
¿por qué apartas tus ojos de los míos?
¿por qué rechazas mis amantes besos?
Habla... Responde. ¡Por piedad si quieres!—
Y él la escuchaba triste y en silencio, cual si en el fondo de su sér sintiese esa anemia moral que forma el tedio.
—Vamos á ver—dijo la joven.—Vamos á examinar, suceso por suceso, hora por hora, instante por instante, el curso de este amor que en otro tiempo la sangre te inflamaba... ¡No es posible sin protestar y sin gemir perderlo!
Todo tiene su causa... ¿no ha de haberla para este cambio?... Pues la causa quiero. Dimela tú, porque la busco en vano, y de tanto pensar juro que siento

latigazos de fuego en la cabeza, y olas de sangre en mi convulso pecho...
¡La duda horrible que consume el alma!
¡La fiebre al rojo que aniquila el cuerpo!
¿Qué he sido para tí? Lo que quisiste; la esclava fiel humilde á tu deseo, sin quejas, ni reproches ni caprichos, que vío en tí á Dios y en tu cariño el cielo.
Por tí de todo me olvidé, lo sabes...
Tu me diste los brazos... yo fui á ellos llevando el alma en mis ardientes labios, fundiéndola á la tuya con mis besos...
No has podido dudar de mi cariño que no te ha dado ni pesar, ni celos...
¿Por qué ahora no me quieres?—y él en tonces, mirándola pensó:—¡Por todo eso!

LUIS DE ANSORENA

¡VADE RETRO!

LAS personas serviciales abundan que es un dolor.

Yo vivo en un cuarto segundo de la derecha, y en el de la izquierda reside una señora que se nos ha ofrecido para todo cuanto podamos necesitar.

En cuanto oye el menor ruido en nuestra habitación, ya está llamando á la puerta, toda sobresaltada.

—¿Qué ocurre, vecino?—pregunta al entrar.

—Nada; que se ha caído una bota—contesto yo tranquilamente.

—¿Pero ha lastimado á alguien?

—No, señora.

Y tengo que explicar detalladamente todo lo ocurrido, para que la vecina se tranquilice.

—Verá V. cómo ha sido: la bota estaba sobre una silla; yo fui á sentarme y la empujé...

—¡Vaya! me alegro de que no haya sido nada—dice la vecina tomando asiento en una butaca, y respirando con cierta satisfacción.—Ya saben Vdes. que cuando ocurra la cosa más insignificante, me llaman Vdes. al momento. ¡No faltaba más! ¿A qué está una?

Días pasados mi criada comenzó á toser, como los perros cuando tienen moquillo, y yo la dije que se acostara, porque aquella tos me ponía los nervios de punta.

Lo supo la vecina, y al momento vino á prestar su apoyo. Entró en casa arrebasada en un mantón y con una camisa envuelta en un periódico, por si tenía que mudarse durante la enfermedad de la doméstica.

—Traigo aquí esta ropa para no tener que ir á mi casa á mudarme—dijo la mujer servicial, dejando el lío encima de la mesa del comedor.—Y ahora voy á ver á la enferma; probablemente necesitará unos pediluvios, y voy á dárselos.

Fuese á la alcoba de la doméstica, y estuvo haciéndole preguntas como cualquier médico notable; después se metió en la cocina; retiró del fuego las cacerolas, y púsose á calentar agua para los pediluvios, como si estuviera en su casa. Aquel día comimos cerca de las diez de la noche, porque la vecina había tenido ocupado el fogón con sus potingues. Dicho se está que tomó asiento en nuestra mesa, sin que la invitáramos, y durante la comida todo era decirnos:

—Yo no puedo ver lástimas, porque tengo un corazón excelente, aunque me esté mal el decirlo. ¡Pobrecita muchacha! Cada vez que la oigo toser, se me angustia el pecho. Lo que tiene es un catarro de mal carácter, porque me ha confesado que estuvo dos horas en camisa, limpiándose los pendientes con una gamuza. ¡A quién se le ocurre semejante atrocidad? Por supuesto, Vdes. no necesitan molestarse, porque yo haré todo lo que sea necesario.

Y allí se estuvo cinco días dándole cocimientos á la muchacha, y revolviéndonos el domicilio. En vano le decía la doméstica:

—Yo me quiero levantar.

—De ningún modo—contestaba la vecina.—Estoy yo aquí para todo lo que haga falta.

—Pero los señoritos me necesitarán.

—Lo primero es la salud. Guarde V. esos brazos debajo de la manta, que vá V. á ponerse peor... A sudar, á sudar.

Cada cinco minutos le daba un cuartillo de cocimiento de malvas, ó le ponía unos parches de sebo en las sienes, ó le aplicaba unos sinapismos, y la pobre chica soportaba todas aquellas molestias con resignación, porque no era cosa de desairar á aquella vecina que se sacrificaba por sus semejantes.

A todo esto, mi casa parecía un dormitorio de monos; trapos por aquí, cazuelas por allá; mostaza en todas partes; sebo encima del aparador de la consola, de la cama.

—Doña Genoveva—preguntaba á la vecina.—¿Ha visto V. un pañuelo que he dejado sobre mi mesa de noche?

—Sí, señor—contestaba ella.—Lo he utilizado yo para ponerse á la muchacha en la rabadilla, untado con aceite.

—Doña Genoveva: ¿Ha cojido V. un periódico de encima de la mesa del despacho?

—¿Uno que tenía láminas?

—Sí, señora.

—Lo he cortado yo, para hacer unos sinapismos.

—Pues me ha fastidiado V.

La despensa sufría frecuentes asaltos por parte de la vecina servicial. Llegaba allí como á su propio domicilio, y cojía todo cuanto se le antojaba, unas veces para hacer caldo, con destino á la enferma, y otras para freirse unas magras con tomate, en provecho propio.

—Vdes. no extrañarán que tome cualquier cosilla, porque con este tragín estoy muy débil—decía tranquilamente; y se daba unos atracones de jamón, que era lo que había que ver.

Por fin, la criada saltó del lecho, contra la opinión de la vecina, y ésta tuvo que volverse á su casa, no sin decirnos con cariñosa solicitud:

—Ya lo saben Vdes.; en cuanto ocurra la cosa más insignificante, me llaman al momento.

Y tal temor nos inspira aquella señora, que á lo mejor vá á toser cualquiera de nosotros, y nos tapamos la boca con un pañuelo para que no llegue la tos á oídos de la vecina.

—¡Caramba! Como me duele este dedo—dice uno; y digo yo sobre la marcha:

—¡Schs!... Baja la voz. No vaya á enterarse doña Genoveva.

Siempre que nos asomamos á la ventana del patio, la vecina nos pregunta:

—¿Qué tal?

—Perfectamente—le contestamos.

—Si me necesitan Vdes....

—No, no; muchísimas gracias.

—Es que á mí no me cuesta ningún trabajo pasar ahí, y hacer todo lo que se necesite.

—Ya lo sabemos.

¡Y tanto que lo sabemos! Durante la enfermedad de la criada, doña Genoveva fué la perturbación constante de nuestro domicilio, y si llega á durar dos días más aquel estado de cosas, á estas fechas no hubiéramos tenido ni platos donde comer, ni sábanas con que taparnos.

Por lo cual pido al cielo que me libre de personas serviciales, y me proteja contra estas invasiones, mucho más temibles que la de los bárbaros y la de las chinches.

LUIS TABOADA

(Prohibida la reproducción.)



y yo al besarla lloré.
Ya no te doy yo más flores,
que tú las tiras jugando
y á mi se me cae el alma
cuando cojo los pedazos.

—
¿Soy malo porqué, como otros
no quiero alabarme yo?
La campana de Toledo
no suena y es la mejor.

—
A la fuente del olvido
quiero ir pero nunca puedo,
que siempre que voy me salen
al camino los recuerdos.

CANTARES



Después de un año de ausencia
por su calle pasé un día;
las piedras me conocieron
y ella no me conocía.

—
La he querido tanto, tanto,
que si volviera á nacer
aunque otra vez me matara
la volvería á querer.

—
Te han dicho que yo soy pobre
y me desprecias por eso;
dime por cuanto te vendes
y veré si tengo suelto.

—
Te di una flor, la pisaste,
y los pedazos besé,
no lloraste tú al pisarla,

—
De los ojos negros huyo
y los adoro y les temo,
que si no es vida mi vida
es por unos ojos negros.

JOSÉ BUSQUETS.



ANTES DE LA CLÍNICA



I

—Doña Mencia, ¿usted aquí?
—Ya lo vé usted, don Senén.
—¿Es que está usted enferma?
—Si.
—Pues, mire usted, yo también.
—Del estómago maldito
me quejo más cada día.
He perdido el apetito,
¡con la falta que me hacía!...
—¡Demontre, qué coincidencia!
Para mí eso es un consuelo.
Yo sufro una inapetencia
de *primísimo cartello*.
—Me encuentro mal, y ¡está claro!,
la debilidad aumenta,
y se me hace el génio raro,
un génio que me revienta.
—Yo no me puedo nutrir;
así es que el buen humor pierdo
y no paro de gruñir,
igual que si fuera un cerdo.
—Aunque al probarla la eche,
con leche el Doctor me cura,
y no tomo más que leche
como cualquier criatura.
—Yo huevos. Remedios nuevos
que me inspiran poca fé.
¡Venirme ahora con huevos!
¿Qué le parece eso á usted?...
—¡Eso aterra!

—¡Eso da horror!
Me tiene el Doctor tan frito,
que no me como al Doctor
porque no tengo apetito.
—Hincharme el vientre á toda hora
los gases, que en ciertos ratos...
—¡Calle usted por Dios, señora!
No me recuerde los flatos.
—Vahidos, angustias, penas,
náuseas, retortijones...
¡Ay! ¡Cuando podré hacer buenas

y fáciles digestiones!...
—¡Nos divertimos si no!
¿Cuándo hará la medicina
que pueda comerme yo
á Cristo por una esquina?...
—¿Aún tiene estómago usted
para esperarlo quizá?
—Es para lo único que
me queda estómago ya.
—Nada, pues, siento infinito
todo lo que á usted le pasa;
que recobre el apetito
y mis afectos en casa.
—Lo mismo digo también
con respecto á su dolencia.
—Que mejore, don Senén.
—Aliviarse, doña Mencia.

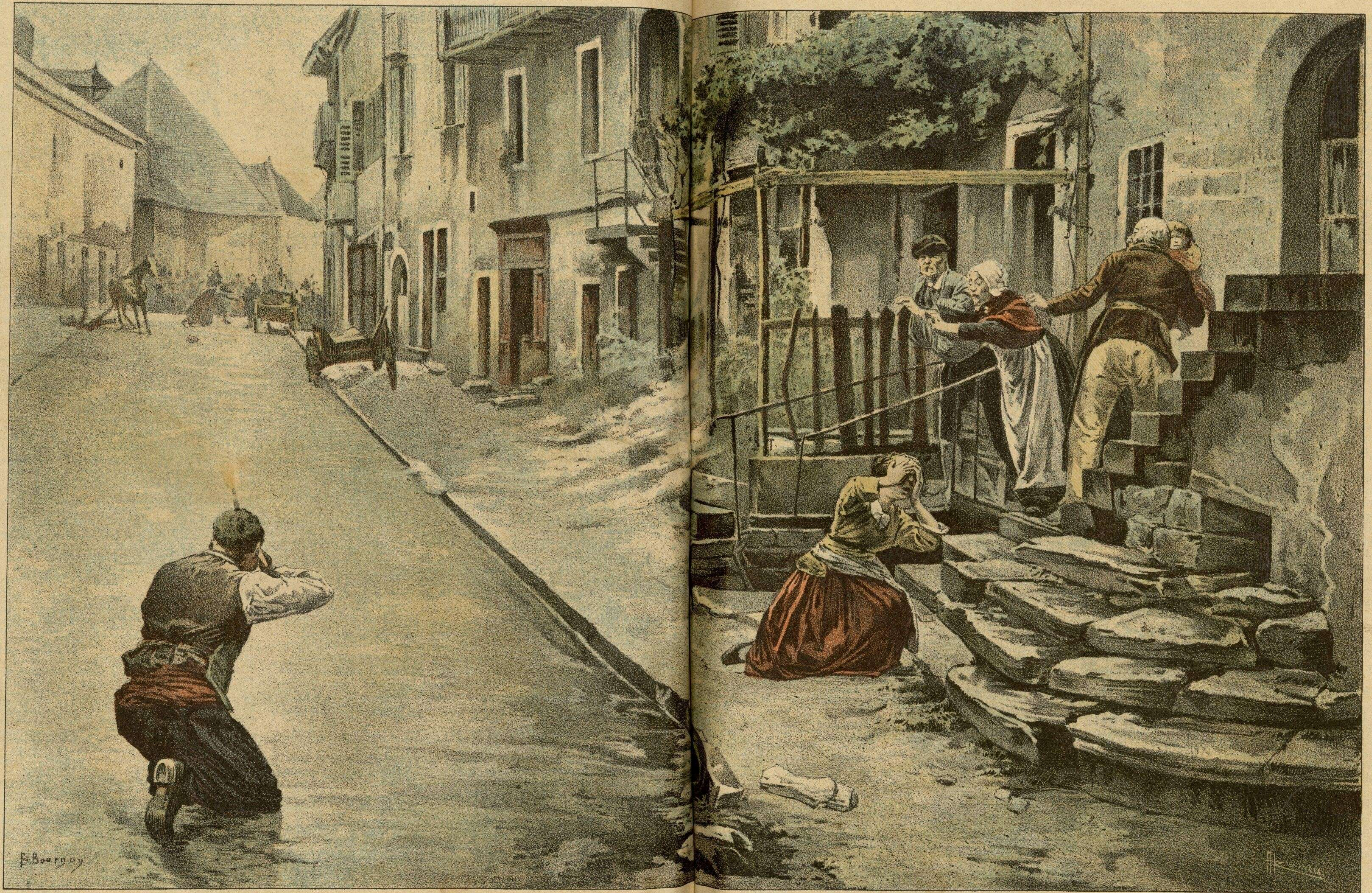
II

—Doña Mencia ¿qué tal?..
—Bien;

sin la menor novedad.
Y ¿usted que tal, don Senén?
—Hecho una calamidad.
—Pues yo, afortunadamente,
cuando estuve embarazada
mejoré rápidamente,
tanto, que hoy no tengo nada.
De otra suerte no concibo
como me hubiera curado.
¡Que más! El facultativo
ya me había desahuciado.
—Me ha partido por el medio
eso que acabo de oír.
¡Como no, si sé el remedio
y... he de aguantar y sufrir!
Esto es mucho padecer.
¡Ya no espero verme sano!
Pero si yo soy mujer
¡no me gana usted la mano!

F. ROIG BATALLER

PLUMALAPIZ



E. Bourgoy

W. G. ...

UN BVO

LA DEL EMPRESARIO

TOMARÉ de bastantes otras, la historia de esta criatura. Yo la conocí en Apolo, el año de 1886.

Era bonita, pero muy sosa. Entonces andaba muy mal vestida. Me llenó de recomendaciones para que la contratara. ¿De qué, decía yo, si para nada sirve esta ave tonta?

Centuplicó los ruegos, y para librarme *del acoso*, porque no me dejaba vivir materialmente, influí con mi querido amigo Felipe Ducazcal (q. g. h.) á fin de lograr para mi *sombra* una plaza de corista.

—Haz lo que quieras— me dijo el inolvidable Felipe.

Y efectivamente, la niña en cuestión quedó contratada al día siguiente, después de haberle probado la voz el malogrado maestro Joaquín Viaña.

Resultó de la prueba lo que yo me sabía de memoria, que mi recomendada no tenía voz, ni buena ni mala.

Y en cuanto á oído, declaraba ella misma, y paladinamente, que á lo mismo le sonaban unas manchegas que el *Miserere del Trobador*.

Como no tenía ningun merecimiento artístico, es claro, yo la colocaba en tercera fila del coro, y eso porque no había cuarta.

Mi intención era buena; que no la viera el público.

Y como el pícaro amor propio en ningua parte se desarrolla con tanta intensidad como en el teatro, se ofendió la chiquilla de verse colocada lejos del proscenio, casi á la altura de la cuarta caja de bastidores y detrás de algunas feas, pero que sabían cantar y hacer los movimientos que la dirección les marcaba.

Como la chica realmente era bonita, no dejaba de tener á su alrededor pajarracos que revoloteaban con siniestras intenciones.

Una noche,... no puedo resistir á la tentación de consignar la gracia verdaderamente ingeniosa con que respondió á uno de sus amigos.

—¿Chiquilla, tú aquí?

—Sí, señor, ya estoy contratada, gracias á don Manuel.

—¿Contratada? ¿De qué?

—De *forillo*.

Es decir, del lienzo que está mas lejos del espectador.

Desde aquella noche empezó la niña á serme simpática.

Me pidió contrato para su hermanito y pude complacerla.

Estábamos ensayando *La gran vía* y no teníamos gato para el primer pasacalle; recordarán Vdes. que, al frente de la calles, vienen los callejones del *Perro* y del *Gato*.

Le dije al cabo de comparsas que contase con aquel *morrongo* y efectivamente, hicimos la obra, sin novedad, las veinte ó veinte y cinco noches primeras, es decir, hasta que ocurrió lo siguiente. Le dí la orden de empezar á mi Gefe de Estado mayor, á Antonio Guerra, que es el primer segundo apunte del mundo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Me falta perro.

—¿No ha venido?

—Ha estado por ahí de sobra toda la noche, y ahora que hace falta...

—Pues hay que empezar.

—¿Sin perro?

—¿Que hay que hacer? ¿Y si después no viene?

—Será peor. Empecemos.

Y empecamos.

El teatro estaba de bote en bote.

Mi gato, ó sea el hermano de la *forillo*, salió como todas las noches é hizo su evolución, con la pena consiguiente á encontrarse *sin pendant*.

Cesa la música del primer coro, empieza el diálogo, y al aludir una de las calles al callejón del Perro, sale mi gato *ladrando por todo lo más alto*. Figúrense ustedes la *juerga* que se armaría en el público.

—¿Por qué has ladrado? Dije, colérico, al gato.

—Por espíritu de compañerismo, por fraternidad, para defender á un ausente,—me replicó el chiquillo, con la mayor entereza.

Y añadió,—y si en vez del perro hubiera faltado el Sr. Massini, me salgo cantando el wals de *El caballero de Gracia*, como si tal cosa.

—Bien, pero no hables así mientras estés vestido *de animal*.

—De paisano diré lo mismo.

De modo que los dos hermanos habían conseguido llamar mi atención.

Noté á poco tiempo que la coristilla venía á ensayos mejor vestidita. Yo la recomendaba que se lavara mucho, pues había notado

que *era tímida para el agua*. Un día me pareció que había adelgazado y se lo dije.

—No señor, me contestó; á no ser que me he lavado..

—Y dice el Maestro que vas sacando más voz. ¿Tomas lecciones?

—No, señor, tomo *bifteacks*.

—Ya.

Ha pasado un año. Estoy viendo *Cádiz* en tercera fila. Llamo mi atención una corista bellísima, alta, buena moza, de formas esculturales. Canta en una punta y dice *palabritas* en la escena de la *Cortadora*. Penetro en el escenario y abordo al Avisador.

—¿Quién es esa corista tan hermosa?

—¿Cual?

—La de la falda verde con madroñera grana.

—Ah, sí... No conoce V. otra cosa. Tiene unos brillantes como avellanas...

Una casa muy bien puesta, un equipaje elegantísimo y dinero en el Banco.

Aquí no manda nadie más que ella.

—¿Pero quién es?

—¿Quien ha de ser? *Forillo*.

—¡Jesús! ¿Es que ha despuntado su talento? ¿Es alguna esperanza del arte?

—¿No, señor, sigue tonta de cuerpo entero?

—¿A qué se debe, pues, tal transformación?

—A que... *es la del empresario*.

—¡¡¡Ah!!!

—Y el hermano, *el gato que ladró*, no sirve pero... es parte.

En otro teatro y otra mujer.

Diálogo entre ella y un celador de bastidores.

—Retírese V., señorita, de entre bastidores. Tengo orden de no dejar á nadie.

—No me da la gana.

—Yo no le falto á V.

—Pues yo á V. si. Y ahora me siento y le pediré al Guardarropa sillas para toda la familia.

—¿A que se va V. de aquí?

—¿A que se va V. del teatro?

—Oiga V., don Rafael, esta señora...

Yo (*Al oído*.)—Déjela V., que es *la del empresario*.

—Oriénteme V., que yo soy nuevo en este corral.

—¿Quién es la joven esa, que no viene á ensayos casi nunca, y llega tarde por las noches, y basta que yo mande sacar medias grana para que ella las saque negras, y hace lo que quiere, en una palabra. Yo voy á dar parte.

—Usted haga lo que quiera, pero esa muchacha es... *la del empresario*.

—¿Qué voces son esas? ¿Qué pasa en el corralillo?

(*Voces, escándalo, bronca. Suena el ruido de una bofetada monumental.*)

(*Dentro*)—¡Ay!

—Valiente chuleta. (*Entra el avisador.*) ¿Quién reparte?

—Doña... la mujer del empresario, la empresaria verdadera.

—¿Y á quién le ha atizado esa torta?

—A la... del empresario.

Han pasado tres años.

—¡Hola, López!

—Hola, don Rafael.

—Hombre ¿y *forillo*? ¿Y aquélla de la chuleta? ¿Y la de las malas respuestas al celador de bastidores? ¿Son todavía *del empresario*?

—No, señor, ahora son de... *todos*.

—Ya.

—Por ahí se empieza...

—¡Y así se acaba!

RAFAEL M.^a LIERN

LAS DOS CONFESIONES

I

Y así su gran pecado confesaba la inocente María, ante aquel pobre viejo que lloraba de gozo cada vez que recordaba que, con mover las manos, absolvía, y las manchas más grandes las borraba. —Padre, aunque soy tan niña.. (siento tener que confesarlo ahora,

y le pido, por Dios, que no me riña)... pero soy una grande pecadora. Verdad es que, hasta ayer, yo no he sabido el olvido de Dios en que vivía; pero, padre, ¡los besos que le he dado sin saber, hasta ayer, lo que me hacía!... ¿Que á quién? Pues á Abelardo, un primo mío que, aunque la maestra ayer, sin conocerlo, dijo que era un hereje y un impío, es bueno... ¡como yo cuando era buena!...

que ahora... ¡me dá una pena pensar que he sido mala sin saberlo!... ¿Cómo iba yo á creer, cuando le daba un beso, ó un millón, beso por beso, que, cuando más alegre le besaba, le hacía daño á Dios solo por eso? Ni que fuera una impia que no quisiera á Dios como le quiero; yo, que por él daría, sin contar á mi primo, el mundo entero. ¡Si no comprendo yo la razón esa, que es causa de mi pena y mis dolores! ¿No beso á mis muñecas y á mis flores, con esta misma boca que á él le besa, y la maestra, que ayer me horrorizaba diciéndome que estoy casi abocada al borde maldecido del abismo, me dice que estos besos no son nada, y que son un pecado, por el cual estoy casi condenada, todos los que á mi primo le haya dado? ¡Si esto es un embolismo que, ¡vamos! hay para volverse loca! Pues señor, ¡si los besos son lo mismo! ¡los mismos besos y la misma boca! Y arrugando la cara con las muecas, casi divinas, del dolor más loco, ahogándose en sus penas y en su llanto: —Padre—dijo—si Dios me lo perdona por mediación de usted, que puede tanto, le frezco la mejor de mis muñecas,

una rubia tan mona, que no le falta más que hablar un poco, para llegar á ser una persona. Pídaselo por mí, que no sabía que al besar á los niños le ofendiera. ¿Condenada por eso, madre mía? No digo yo besar, ¡ni jugaría con él, aunque de pena me muriera!

II

—¿Recuerdas, hija mía, con que hermosa inocencia me contabas tus penas y tus cuitas, aquel día que ví yo, mientras tú te confesabas, que el Cristo del altar te bendecía? ¿Porqué no lloras hoy como llorabas? ¿Porqué no das al cielo esa alegría? —¡Padre!... Si á veces lloro, y hasta otras veces, casi me arrepiento; pero, ¡si sé que menté, sólo al poner en duda que le adoro! ¿Cóm he de prometerle á Dios todo eso, si sé, con la certeza de una loca, que, aunque fuera el infierno aquella boca, me echo al infierno si me pide un beso? ¡Sí, perdón!... ¡si ya sé que esto es impío! Pero, ¿que no le bese? ¡No lo espere!... ¡No me queda otra gloria, padre mío, que ir al infierno, si mi primo quiere!

MARCIAL DE LOS RIOS

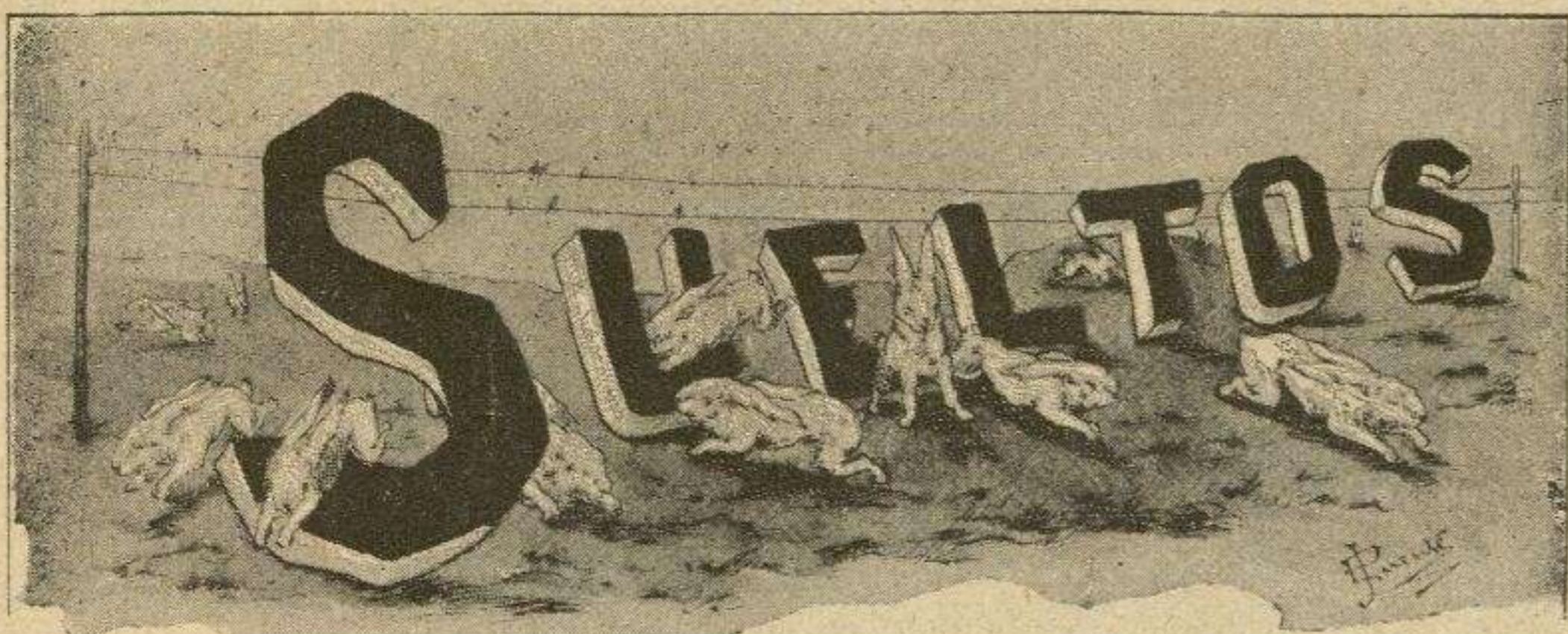
RENUNCIO

(CUENTO)

Era en los tiempos aquellos en que iban los trovadores, por esas calles de Dios, á altas horas de la noche, embozados en la capa, entonando mil canciones á sus damas, repartiendo allá y acullá mandobles y dando más estocadas que dan hoy los matadores de toros á los de Hernández, los de Miura y los del Conde. Cabe una reja, que encierra el sueño de sus amores, gentil doncel, á su rostra, le cuenta sus ilusiones. En un balcón, que está frente á la reja, en jaula enorme, hay un loro que, sin duda, la doméstica olvidóse de entrar á la habitación al anochecer: el pobre, entre las frases amantes y los suspiros que oye, y entre el viento de mil diablos que le hiela, allí está, insomne, echando (para sus alas) un millón de maldiciones á la olvidadiza moza, al tiempo y á los amores. —Mañana á la guerra parto. —¡Diego!... —Lo exige mi nombre; mi honor... —Pero, ¿y si perezes? —¡Perecer!... Será de bronce á tu recuerdo mi brazo... Mas quiero que, de esos soles

que Dios te puso en la cara, sólo una lágrima brote; una lágrima del alma, en prueba de amor, y, entonces, ya tu Diego, satisfecho, irá al campo de los nobles á conquistar los laureles con que un día tu frente orle la fama, laureles que tan sólo á ti corresponden. Pero en este punto y hora rociaban en los balcones que sobre la reja había unas macetas: nuestro hombre, cuando se sintió en el rostro las gotas, dijo: —No llores —á su amada— ¡satisfecho voy á luchar! — Mil informes ideas en mí se agitan y á mi pensamieto pobre acuden para decirme que un grande peligro corres... Por eso lloro, Don Diego, —dijo, dando los colores de la tristeza á sus frases aquella dama... de mote. — Pero cata que el lorito, oyente mudo hasta entonces, dijo para sí. — Ya basta por hoy de contemplaciones. Y, con una voz sonora, gritó: —Mientes, Maritornes... ¿Qué tú lloras? ¡A otro loro con esa!... ¡Este te conoce!... Don Diego, no le haga caso... ¡Qué ha de llorar, voto á doce! ¡Si es la vecina de arriba que está regando las flores!...

J. PEÑAFLOR DE GALLEGO



Lagartijo se ha cortado al fin la coleta.

Se ha quitado ese peso de encima y nos ha quitado á nosotros un peso cien mil veces mayor que todas las coletas de todos los chinos que han matado escarabajos y otros insectos en su país natal.

Amantes de las glorias nacionales, sentímos la muerte del Califa y dedicamos una lágrima y media á su memoria. Pero descansamos por fin. ¡Dichosa coleta! Parecía que la teníamos atragantada en la garganta.

En Navarra ha salido una partida, partida, ¡claro está! momentos largos antes de la salida, á pasar unos tragos muy amargos, y á dar por la montaña una corrida. La gente se alarmó, naturalmente, porque en el mundo para todo hay gente; pero, al fin, la partida se ha disuelto,

es decir, se eclipsó en breves instantes, diciendo que volvía, y ya no ha vuelto ni para ver bailar á los gigantes; y hasta nos ha dejado con la pena de no saber, saliendo de cuidados, si entre muertos y heridos y asustados, habrá siquiera una petaca llena.

En Chicago se ha reunido un Congreso de mujeres. Congreso, y de mujeres... Ayúdenme Vdes. á sentir. ¿Y para qué, dirán Vdes., han podido reunirse esas señoras, aparte de reunirse para dar gusto á la sin hueso? Pues para llevar á cabo una reforma social interesantísima. (Para ellas, por supuesto).

Se trataba de elegir, deliberadamente, el traje que en lo sucesivo ha de usar la clase.

Y se ha elegido, después de discusiones sin cuento.

El traje fin de siglo, para las bellas mitades de los de Chicago, se compondrá en lo sucesivo, de una blusa, ceñida á la cintura por un sencillo cinturón, y unas faldas, mitad faldas y mitad pantalones como los de nuestros modernos payasos.

A este traje llamarán ellas *el razonable*.

Lo encontramos muy puesto en razón.

En Madrid los farmacéuticos, porque les ponen muy alta la tarifa, en los impuestos novísimos de la Cámara, parece que han acordado cerrar todas las farmacias. No hay mal que por bien no venga, como decimos en Jauja. Si eso llega á ser verdad, antes de cuatro semanas... (¡ustedes serán testigos!) ¡ya se abaratará el agua!

Ha sido detenido en Lorca por los agentes de la autoridad y puesto á buen recaudo, el *secretario particular del Padre Eterno*, según él mismo declara *urbi et orbe*.

No ha querido creer la incrédula gente que las potencias del alma son tres: *Dios, Don Quijote y Colón*, como él asegura, y parece ser que, para convencerse mejor de sus doctrinas, se trata de llevarlo á un manicomio.

Don Quijote se la depare buena.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- M. R.—Madrid.—Mire Vd.: *Califa y filsa*, aunque á V., que según confesión salió tan emocionado de la Plaza, le parecieran en el primer momento consonantes, no lo son tanto como á Vd. le parece. Y aunque lo fueran... paz á los muertos.
- P. Ta KK.—Albacete.—Lástima de puñalito de los de la cosecha de por ahí, para que, en lugar de hacer esas sosadas de mala sombra, se entretuviera Vd. en matar moscas, aunque le picaran en la calva.
- T. A.—«La relación de un sueño» dá ganas de dormir el sueño eterno, antes que leer cosas así.
- I. A.—Créame Vd.; no nos metamos con la pobre Diana.
- A. B. C.—Granada.—Eso es lo que debía Vd. saber: el a, b, c, primero; después veinte ó treinta cosas, y entonces ¡duro, y á escribir versos! Por supuesto, con ortografía.
- Pillín.—Ya se le conoce á Vd., hasta en la elección de pseudónimo.
- A. T.—Pero, hombre, ¿una oda á Sagasta? ¡Si con el nombre le basta!

(Quedan más cartas por contestar.)



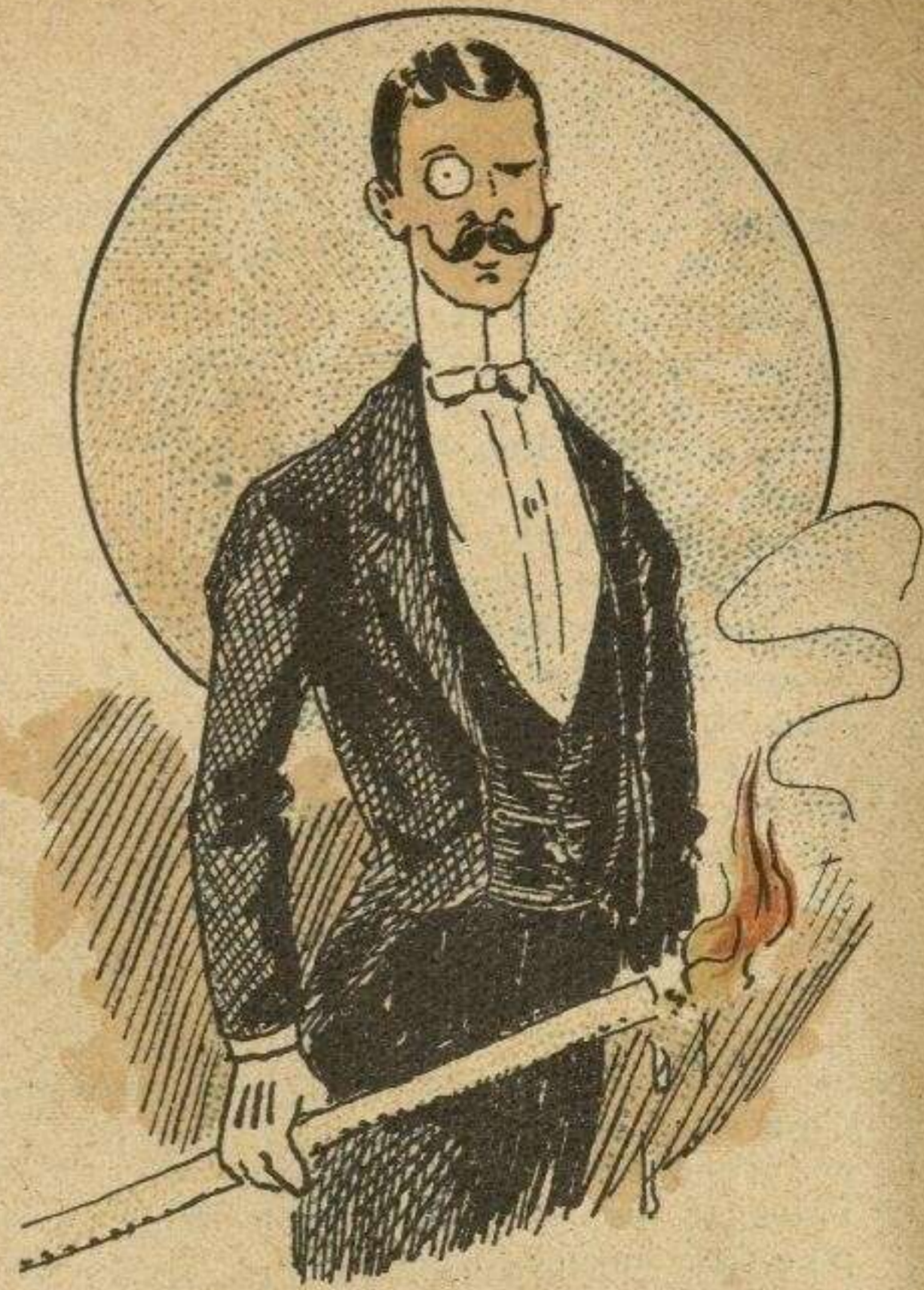
1.—A apartar la *chent*.



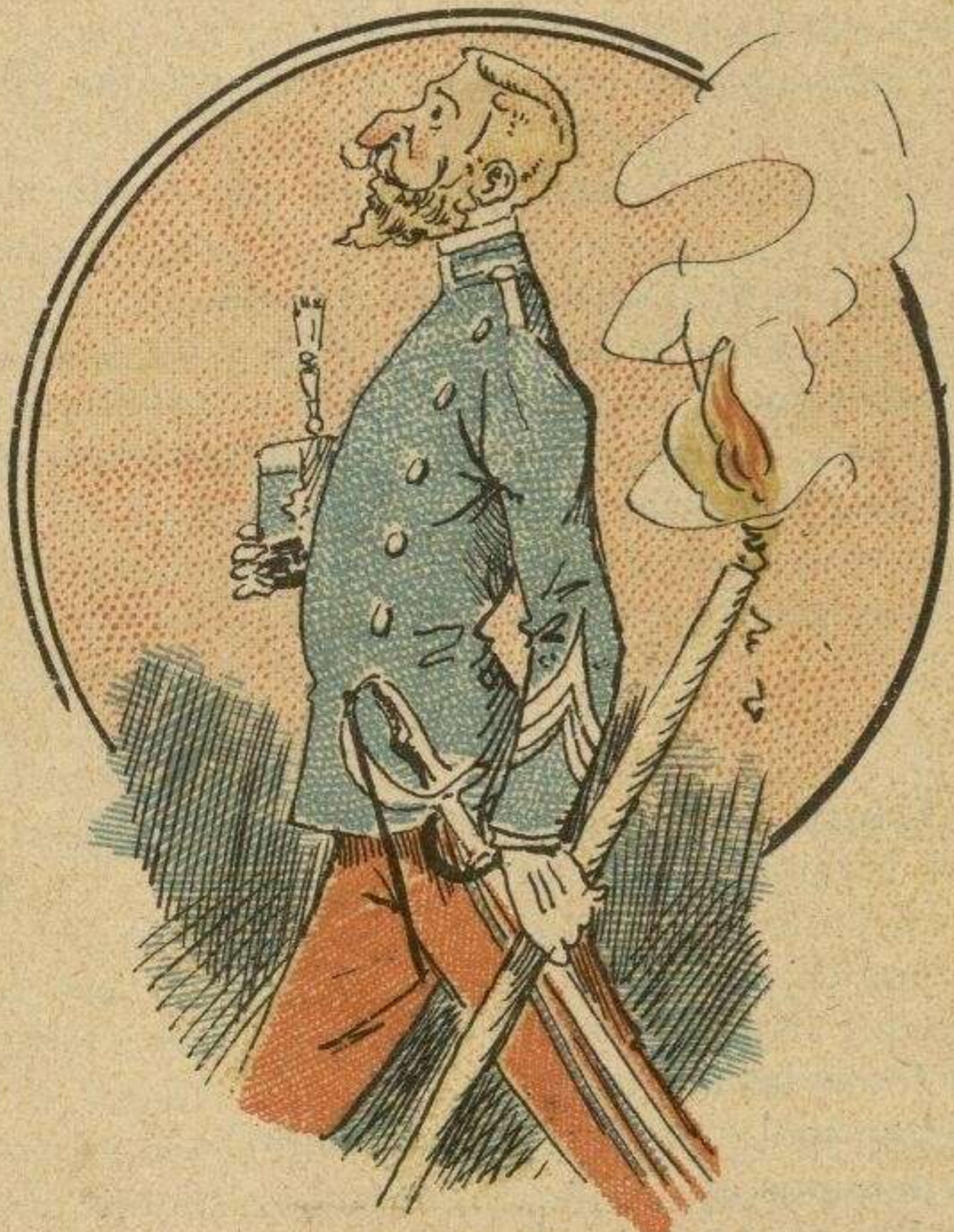
2.—A sudar.



3.—A acompañar al Señor



4.—Por miras particulares.



5.—A partir corazones.



6.—A cumplir con mi obligación.



7.—A... ¡maldita sea mi suerte!... ¡no lo quiero *icir*!

PIANOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS
de las mas
AFAMADAS MARCAS
♦♦♦
SELECTO SURTIDO
y
exposición permanente de dichos
instrumentos,
GARANTIDOS POR
10 AÑOS



En los grandes y acreditados
ALMACENES Y SALONES
DE
R. MARISTANY
PLAZA CATALUÑA, 12 y 14
CASA DE CONFIANZA
♦♦♦
VENTAS AL CONTADO
A PRECIOS BARATÍSIMOS
y á plazos
SIN FIADOR

VERMOUHT UNIVERSAL
MANSIÓ
PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES
FABRICA EN SANS
CALLE DE COLÓN, N.º 88

Depositaris Exclusivos en España
DE LOS ACEITES,
grasas y desincrustantes
MARCA FENIX
Correas, Empaquetaduras, Gomas
Algodones, Amiantos, etc.

BUSQUETS Y TORRA

Importación directa de aceites minerales
de Rusia y América
BILBAO, BAILEN, 14
—(Teléfono n.º 638)—

112 DUROS SEMANALES!
PIANOS SUPERIORES PARA ALQUILAR
AFINACIONES, CAMBIOS Y REPARACIONES

PLUMA Y LAPIZ

◆ PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO ◆

SE PUBLICA LOS JUEVES
SUSCRIPCIONES

Barcelona..	trimestre	2 Pesetas
Provincias..	semestre	4
Ultramar y extranjero..	un año	13

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN MADRID
para la venta de números corrientes y atrasados
D. ANTONIO FERNANDEZ.— MAYOR, 2 Y 4

Se admiten anuncios para este periódico